

LA “DÉCADA INFAME” EN LA FRASEOLOGÍA POLÍTICA ARGENTINA

Por P. Taboada

“Hay géneros que (...) se articulan de forma extremadamente unilateral. Por un lado, son sordos o reticentes ante las anteriores aportaciones del lenguaje, que forman parte de una historia. Hay anales que solo registran las consecuencias, lo que ha sucedido y ni cómo se llegó a ello. Están los manuales y las llamadas historias narrativas, que tratan de los hechos, del éxito o el fracaso, pero no de las palabras y de los discursos que llevaron a ellos (...) Pocas veces se pregunta por los modelos de identificación lingüísticos sin los que este tipo de actores no podría actuar (...) los testimonios lingüísticos tienden a considerarse con demasiada frecuencia al servicio de una ideología o se interpretan de forma instrumental en relación con presuntos intereses previamente dados o intenciones perversas”
Koselleck (2012: 18)

I. INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS

Las metáforas y las frases hechas como maneras de expresión parlante o escrita no han sido utilizadas exclusivamente como recursos estéticos por los artistas de las palabras, o como elementos persuasivos de los retóricos. Si bien es indudable que la historia de la literatura se ha ido gestando en virtud de los permanentes aportes metafóricos de prosistas y poetas, no es menos cierto afirmar que el uso y el abuso de la metáfora o de la frase preconcebida han sido constantemente empleados en todo tipo de narraciones de rasgos no artísticos. Tales herramientas discursivas han inundado páginas enteras de obras sobre filosofía, teología, historiografía, estudios jurídicos y sociales, y, fundamentalmente, también han sido empleadas en las arenas políticas. Ni siquiera la ciencia ha estado exenta de recurrir a este tipo de enunciados para sustentar una suerte de explicación sobre un fenómeno estudiado.

El lenguaje natural (oral y escrito) se construye con frases y metáforas permanentes. Su inutilización pareciera ser inconcebible. La presencia de la metáfora y la unidad fraseológica forman parte del mundo de la vida cotidiana. Esto no es novedad. Su reconocimiento se demuestra fácilmente en el arte literario. Es más, un lenguaje literario sin uso de metáforas o frases

retóricas podría poner en tela de juicio la entidad misma de la propia poesía o de cualquier género estético de carácter grafológico. Pero suele prestarse poca atención al hecho de que ese lenguaje metafórico también se presenta en los textos de los grandes pensadores. Desde la antigüedad clásica, el uso de metáforas puede rastrearse en los diálogos platónicos, en los discursos jurídicos de Demóstenes, en los textos de historia de Heródoto o en los análisis políticos de Polibio, por citar casi al azar un puñado de ejemplos famosos.

En efecto, abundan en nuestro país (como en todos) incontables ejemplos de frases que se acuñan en el conocimiento público y que son luego receptadas, recopiladas y propagadas por distintos circuitos comunicacionales, que, a su vez, contribuyen y retroalimentan los alcances de su éxito. Admitir que San Martín es el padre de la patria o que Sarmiento es el maestro del aula equivale a reconocer la existencia de una frase provista de sentido por el uso común de los sujetos parlantes y oyentes. No corresponde aquí examinar si en el fondo tales asertos son en mayor o menor medida certeros o inciertos, ni cómo este par de casos surgieron puntualmente y se mantuvieron constantes en el devenir del tiempo, pero sí es preciso poner el foco en que este tipo de lugares comunes no son en absoluto irrelevantes.

Esta investigación centrará su atención en una de esas innumerables frases inconmovibles de la cultura cívica argentina que pretenden simbolizar toda una época. Me refiero a la llamada “década infame”. Tanto se ha arraigado y admitido su frecuente uso que la locución se ha sustantivado en plenitud, haciendo desaparecer la adjetivación grabada en ella para transformarla en un neto sustantivo propio. Me propongo principalmente resaltar la relevancia que esta expresión hecha, cargada ya de sobreentendidos, ha tenido y tiene en la construcción del ideario de los saberes públicos.

Este estudio endilga a la década infame el estatus de una frase sobreentendida del mundo cotidiano y, en consecuencia, intenta indagar su fundamentación teórico-práctica. Adelanto que tal sobreentendido tiene repercusiones que van más allá del acervo cotidiano, para filtrarse en algunos submundos que, para Husserl o Schütz, serían teóricos o científicos, lo que es señal de un tema complejísimo, puesto que esta investigación demostrará cómo, muchas veces, lo que se supone inteligible, reflexionado o sustentado por los lenguajes ostentosos del academicismo no son más que refinamientos de los sobreentendidos del mundo de la vida, o, cuando menos, contribuyen a formarlos y a difundirlos.

El mundo de la vida cotidiana y el mundo cultural de la reflexión teórica sobre ese mundo (que también debe principiarse por la contemplación) parecen bifurcarse a causa del pasaje del lenguaje coloquial al lenguaje técnico. Sin embargo, el lenguaje técnico empleado por el submundo del academicismo en el campo de la cultura se construye inexorablemente des-

de el lenguaje natural. Ambos lenguajes conviven de manera irregular. En muchas ocasiones, el puente que permite unir o hace convivir a esos dispares sistemas de comunicación es el mundo de la metáfora, que también es formadora de conocimientos que se sobreentienden, y de sobreentendidos que se conocen.

La "década infame", como lema del discurso político argentino, puede entenderse como una frase hecha provista de un sentido predeterminando de estrecha vecindad con el uso de las metáforas, pero también puede aparecerse como un concepto de pleno entendimiento. Desde el punto de vista gramatical, "década infame" presenta un adjetivo cualificador (epíteto en la jerga), ya que expresa una cualidad del sustantivo. Pero en el caso examinado, ocurre que la adjetivación se convierte casi en un patronímico propio cuando se la presenta como "la-década infame". En este caso, el adjetivo se confunde con el sustantivo, generando la representación de un sujeto determinado, como si se hablara de una entidad específica con nombre y apellido. "La década infame" goza así de una identidad definida que opera no solamente con la marca de lo sobreentendido en el mundo de la vida cotidiana, sino que también acuña el sello de la reflexión académica, y por eso alcanza cierta dimensión en el plano teórico. Esto no equivale a sostener que esa reflexión sea correcta.

La frase se utiliza coloquialmente como un presupuesto del entendimiento del sentido común, y aun aquellos que desmenucen a fondo su grado de legitimidad, no pueden negar el éxito de su eficacia comunicativa. Su presencia en el análisis teórico no es unánime, pero la frase no carece de fundamentación, aunque esta no sea siempre legítima. En definitiva, este mismo trabajo, que pretende desnudar algunas falencias de esa conceptualización y preconfiguración supuesta, parte del hecho inexorable de que todo argentino medio comprende o es capaz de entender el sentido general de la noción en la pragmática del lenguaje común o en el refinado submundo de la explicación docta y letrada.

No todo lo que suele presentarse como un concepto definitivo es necesariamente irremplazable. Y si, por el contrario, subsiste un concepto incommovible, debería indagarse si efectivamente tal aserto obedece a una razón valedera que la sostenga, o si, por el contrario, ese concepto, metáfora o frase empleada guarda simplemente un grado de eficacia difícil de corroer debido a otro tipo de factores. Aquí corresponde hacer lugar a la historia conceptual y a la metaforología de manera conjunta para examinar la resistencia del conocimiento sobreentendido. Lo conceptual como elemento crítico-destructivo del supuesto preestablecido y lo metafórico como parámetro de desocultamiento. ¿Qué hay detrás de una frase metafórica o un mero lema discursivo? ¿Qué cualidad de la realidad refleja esa metáfora o expresión persuasiva?

La persistencia del sentido de esa supuesta verdad incólume depende muchas veces del efecto elocutivo que depara la elocuencia. El relucimiento retórico puede ser un mero artificio, pero si no se llega a cuestionar la verdad (supuesta) que encierra y traslada el efecto de la persuasión sobre la verdad, será complicado discernir cuánto hay de mito o cuánto de concepto legítimamente pensado detrás de cada frase o definición. Sin repensar estos temas bajo estas herramientas de análisis, es posible que lo sobreentendido se convierta en conocimiento válido, y que aparente ser un concepto irrenunciable.

La década infame es una unidad fraseológica, pero bien podría ser entendida como una metáfora, o, por lo menos, es totalmente válido aplicar los métodos de indagación y análisis esbozados por la metaforología para examinar a fondo la consistencia de una frase poderosa que tal vez sea conveniente comenzar a resignificar.

II. GENEALOGÍA DE UN SOBREENTENDIDO: JOSÉ LUIS TORRES; ARTURO JAURETCHE; NORBERTO GALASSO

La década infame es una frase consabida del habla cotidiana asimilable a un dicho popular, que representa toda una cosmovisión específica sobre una época determinada, que en los anales de la cronología de la historia institucional de nuestro país centra su temporalidad entre los años 1930 y 1943, lo que equivale a ubicarla dentro de la etapa argentina previa a la irrupción del peronismo como movimiento sociopolítico de indiscutida relevancia.

La expresión aludida hace referencia a ciertos males sufridos por la República Argentina en los años consignados, que alcanzaron, al decir de tal enunciado, un grado de gravedad y deterioro institucional, moral, social, económico y político sin precedentes que motivó a bautizarla con el calificativo de "infame". Esta frase es de notorio y público conocimiento. Cuando se emplea la frase, todos los interlocutores comprenden que la consigna significa precisamente lo expuesto en este párrafo, y su interpretación sobre el pasado no representa otro sentido que el dado aquí.

Este conocimiento sobre la década infame se da por supuesto. Forma parte del mundo de sentido de la vida cotidiana. Se sobreentienden en él las degradantes cualidades mencionadas sobre un período de lamentable ruina que aquejó al país. Se enumeran a grandes rasgos estos acontecimientos inaugurales de una cadena de improperios inauditos que nacerían con el golpe institucional contra Hipólito Yrigoyen el 6 de septiembre de 1930, y que se agravarían con la crisis económica, el fraude patriótico, algunas proscripciones políticas, la anglofilia de las elites culturales, la corrupción gubernamental, el asesinato de Enzo Bordabehere en el recinto del Senado de la Nación, el imperialismo y la entrega del país por parte de la oligarquía

terratiente en favor del Imperio británico, declarado enemigo de la nacionalidad argentina. Otro de los símbolos de aquellos años denigrantes se ha representado con el Pacto Roca-Runciman ⁽¹⁾.

Aparentemente, el primero en acuñar la frase fue José Luis Torres, periodista, escritor y político tucumano de tinte nacionalista. Su libro publicado en el año 1945 se intituló justamente: *La década infame*. Según datos de Juan José Sebrelli (2002: 52), Torres escribía para el periódico *Cabildo*, ligado al político conservador filofascista Manuel Fresco —gobernador bonaerense de la Concordancia en los años treinta—, que era en parte financiado por la diplomacia alemana de aquellos años. No deja de ser significativo que la aparición de la frase en estudio haya surgido en los albores de la ascensión del entonces coronel Juan Domingo Perón a la escena política nacional. Es decir, la expresión surgió en interpretación retrospectiva. Pero, si se echa un vistazo a la vapuleada década, es posible toparse con otra denominación despectiva, pero en este caso contemporánea, sobre la vida política de esos años. Me refiero al mote de “contubernio”, palabra que solían emplear los partidarios de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) y cuyo uso generalizado provenía de fuentes radicales contra conservadores y miembros de la Concordancia (alianza gobernante) ⁽²⁾.

No parece que sea irrelevante preguntarse por qué la extemporánea expresión “década infame” llegó a tener tanto éxito, al punto de constituir aún hoy un sobreentendido historiográfico, en tanto que la contemporánea palabra “contubernio” está hoy prácticamente olvidada. Ambas tienen un claro origen político, no académico ni erudito.

Tal vez, la inmediatez que genera enunciar la década infame como símbolo político persuasivo en la comprensión de aquello que se sobreentiende guardó mayor eficacia que el uso de una palabra poco amena para el empleo del lenguaje coloquial, como “contubernio”. A mayor abundamiento, esta palabra de escaso uso en el idioma corriente tenía antecedentes políticos circunscriptos a un reducido grupo de analistas o a militantes de un partido político como la Unión Cívica Radical, que no estaría vinculado a las tendencias católicas, nacionalistas o populistas de un sector del conservadurismo que, desde mediados de la década del cuarenta del siglo pasado, decidió apoyar y consagrar el triunfo del primer peronismo en las elecciones del 24 de febrero de 1946. No es llamativo, por tanto, que el lema de

(1) Recordemos que, durante los dos períodos presidenciales que comprendería la “década infame” (el del general Justo y el de Ortiz, continuado por Castillo), la alianza oficialista (Concordancia) estaba conformada por el antipersonalismo (extradicales antirygoyenistas), el Partido Demócrata Nacional (conservadores) y el Partido Socialista Independiente (de Federico Pinedo). Por su parte, la oposición estaba conformada por la UCR, conducida por el alvearismo, el Partido Demócrata Progresista de Lisandro de la Torre, y el Partido Socialista histórico, de Nicolás Repetto, Alfredo Palacios, etc.

(2) Sobre todo, Manuel Ortiz Pereyra, Homero Manzi y Arturo Jauretche. Félix Luna también empleaba el término.

Torres contuviera una mejor predisposición para imponerse como un rito discursivo de la simbología política que cobijó la consolidación del peronismo primitivo. Jauretche, como hombre de FORJA, conoció la figura del contubernio, pero, sin embargo, se mimetizó con la denominación de Torres.

El libro de Torres, de cuya memoria colectiva ha quedado más el título que el contenido, es prueba cabal del clima y las circunstancias que se vivían en aquellos años de 1945: los regímenes nacionalistas, derrotados en la contienda mundial, habían perdido terreno en Europa; pero en Latinoamérica aún existían y se potenciaban ese tipo de corrientes ideológicas.

Esta tendencia tuvo sus etapas, simbolismos, representantes y representaciones en la Argentina; y en la década del cuarenta (sobre todo con el gobierno militar instaurado desde el 4 de junio de 1943) trató de diferenciarse de su propio pasado reciente. Esta nota de distinción en la genealogía de los conceptos nacionalistas debe destacarse para un estudio del fenómeno en la historia conceptual argentina porque la representación que implica “la década infame” —construida desde mediados de los años cuarenta (abandonando el mote de “contubernio”)— es una bisagra en la historia del pensamiento, puesto que opera como un puente de traspaso hacia el movimiento peronista, que se nutre, en un primer momento, de vertientes nacionalistas, pero que, poco después, las termina rebasando, deformando y confundiendo por completo.

Los planteos metafóricos de Torres son llamativos en su libro, concebido expresamente como una herramienta de lucha para degradar la década infame que pervirtió al país, y para redimir a la sociedad de sus pecados capitales. Su lenguaje reviste carácter religioso. Pero mucho más elocuente es el prólogo del libro escrito por Amancio González Paz ⁽³⁾:

“La verdad es la luz y en la luz los malandras aparecen en toda su repugnante podredumbre. Así los ha vencido Torres; denunciándolos ante el pueblo, desnudándolos para que este los conociera en su miseranda realidad” (en Torres, 1945: 14).

Esta metáfora de la verdad que sale a la luz no es inocente. No solo introduce un lema político que no se discute, predeterminando al lector, sino que además confiere una prescripción: los patriotas deben desnudar las mentiras de los miserables malandras que engañan al pueblo ⁽⁴⁾. De allí a la

(3) El título del prólogo de González Paz es de por sí muy sugestivo: “Verdadera historia que parece verdadera leyenda”.

(4) La verdad que sale a la luz trae consigo la diferenciación entre los buenos y los malos. Creo que es por esta época cuando se empieza a identificar a todos los buenos como pueblo inocente, siempre perjudicado, victimizado, impoluto, sin ningún tipo de responsabilidad en los desgraciados sucesos acaecidos. Como contraparte, la palabra “malandra” tiene un destacado elemento emotivo, despectivo y valorativo que llena eficazmente la idea comprendida por el pueblo estafado. Su consecuencia es netamente práctica y genera un sobreentendido difícil de desterrar. Se ha arraigado tan a fondo en

continuación de esa metáfora por otras vías de tinte religioso o teológico no hay más que un paso.

Por ejemplo, el prologuista considera a Torres como un ángel magnífico que, junto a otro ángel (que no es otro que San Martín) resguardan con la espada y la pluma, respectivamente, la libertad del pueblo. Pero el panegírico sobre Torres no termina allí. Su introductor lo trata de apóstol, mártir, tocado por la santidad, puesto que debe salvarnos del diluvio porque el periodismo es la verdadera Arca de Noé. Y se deberían organizar cruzadas de oraciones para rogarle a Dios buenos periodistas como buenos sacerdotes. El final del prólogo parece un breviario catequista:

“Loado sea Dios que me ha brindado esta oportunidad de dar testimonio de la Verdad, amarga pero, por lo mismo, salvadora y, por lo mismo, también eminentemente argentina! Créeme, lector: he trazado y suscribo estas líneas con la conciencia de llenar un deber de mi alto y sagrado ministerio. De haberte administrado el sacramento de la palabra” (1945: 15).

El pleno entrecruzamiento entre catolicismo y nacionalismo se muestra evidente en las metáforas recopiladas. Y ese estilo místico religioso está en total sintonía con el libro prologado, pues las páginas de Torres están a su vez plagadas de metáforas de ese tipo: *misión; servicio ideal de redención; salvación; bendición; redención; martirio...* Enumero al azar estos términos solo para probar la tendencia señalada.

Pero tal vez lo más destacable del libro de Torres es la construcción discursiva del enemigo interno de la patria, una categoría muy propia de los nacionalismos europeos que acababan de ser derrotados en la segunda contienda mundial:

“No queremos renunciar al dominio soberano de tan sagrado patrimonio cediéndolo al poder y la influencia de quienes no miran en él sino bienes materiales, cosas de toma y daca, mercaderías fáciles de vender, cuya riqueza les encandila y no les deja ver que nuestra República no es un país de saca y trapicheo sino una Nación que tiene glorias que honrar y mantener, aunque para honrarlas y mantenerlas fuera necesario el sacrificio de la sangre y de la vida de varias generaciones” (Torres, 1945: 21).

“El adversario más temible es el ‘perduellis’, el enemigo interno de la Patria, emboscado dentro de sus instituciones, al servicio de una consigna

la conciencia popular que aún hoy se sigue haciendo mención del pueblo y de los antipueblo. La utilización del lenguaje coloquial invocado con “malandra” es persuasivamente deliberada, porque gana adeptos de manera simple y directa. Tiene un correlato jurídico-político de relevancia: “malandra” es, penalmente hablando, “criminal o delincuente”, y las acciones promovidas por personas que se asocian con ese pasado malhechor y con las ideas que ese pasado pretende defender deben ser motivo de castigo esclarecedor.

extranjera. Y contra ese peligro debe afirmarse una lucha implacable, que solamente puede extinguir la muerte o el triunfo" (*ibid.* 24).

Desde 1946 en adelante, esa lucha de vida y muerte fue gestándose de mayor a menor en nuestro suelo. Este tipo de sobreentendidos afianzados, hayan sido en su origen intencionales o no, no son irrelevantes en el terreno de la política real. Esa lucha de ganar o morir expuesta por Torres tuvo sus exégetas en la batalla cultural contra los "cipayos" y "vendepatrias" que siguieron las beneméritas plumas de autores como Arturo Jauretche, Norberto Galasso y otros.

Arturo Jauretche fue seguramente uno de los máximos exponentes del discurso político peronista, especialmente a partir del derrocamiento de Perón en 1955. Además de su militancia comprometida con el Gobierno peronista, contaba con la ventaja estimable de ser uno de los mejores prosistas de su tiempo. La pluma de este escritor ilustre, que solía rezongar contra los ilustrados, nos legó un libro, a principios de la década del sesenta, desde cuyo título ya recoge la expresión que es tema de nuestro estudio: *FORJA y la década infame* ⁽⁵⁾. Mal grado su ensañamiento con Sarmiento, la prosa sarmientina siempre latente de Jauretche se asoma una vez más en esta obra, con un eco siempre tan vivaz como elocuente ⁽⁶⁾. La estética de Jauretche es tan elaboradamente grata que atrapa inclusive a sus detractores o adversarios políticos e intelectuales (lo mismo puede decirse sobre las piezas de Sarmiento). Este libro condensa todos los tópicos constitutivos de la doctrina germinal en Torres y debe considerarse como un manual en la arenga y discusión política del denominado hasta hoy nacionalismo popular. Son pocos los militantes, políticos o incluso intelectuales que hoy recuerdan a Torres, pero ese olvido no aplica bajo ninguna circunstancia a Jauretche.

Los capítulos están diseñados como una edición de columnas periodísticas con conceptos abrevados, organizados con sugestivos títulos y escasas líneas que no ocupan más de tres o cuatro páginas por tema, y que consiguen una diáfana lectura por demás colorida por el embellecimiento de un escritor sobresaliente. Los títulos de sus partes son certeros y son seguramente una cantera de ideologemas nacionalistas que terminarán siendo luego "sobreentendidos" prácticamente unánimes hasta el día de hoy. Cito taxativamente lo prediseñado por Jauretche i) "El significado histórico de

(5) La primera edición de esta singular obra se remonta a 1962. El éxito de ventas fue notable, alcanzando una quinta edición en 1984, aunque luego tuvo otras. Jauretche había muerto en 1974 y, sin embargo, seguía vendiendo miles de libros.

(6) En mis interminables y gratas conversaciones filopolítico-literarias con el Dr. Aníbal D'Auria sobre la cultura argentina de antaño, siempre se ha resaltado la prosística empleada por Jauretche. Nos ha llamado la atención esa ambigua relación con Sarmiento, puesto que su figura y sus ideas son combatidas ácidamente, pero con un espíritu de pluma casi idéntico al de su rebatido sanjuanino. En realidad, en más de un pasaje de sus obras, Jauretche expresa abiertamente su admiración por Sarmiento como escritor.

FORJA", ii) "La década infame y la fundación de FORJA", iii) "La democracia del pueblo y la teórica", iv) "Los antiimperialistas teóricos y la lucha emancipadora", v) "Forja desnuda las directivas británicas de la política oligárquica", vi) "La *intelligentzia* y el coloniaje", vii) "el yrigoyenismo" ⁽⁷⁾, viii) "La tentativa de reconstruir la granja", iv) "Necesidad de FORJA", x) "Forja y el revisionismo histórico", xi) "La labor de los revisionistas", xii) "Los revisionistas y FORJA", xiii) "Los anti-imperialistas y Forja"; xiv) "El método: ver el mundo desde aquí", xv) "La conciencia nacional en marcha", xvi) "La reforma universitaria y el APRA".

La edición se complementa con un interesante apéndice con documentos de corte político, folletos con arengas y artículos revisteriles. No cesan de desfilar, entonces: el asunto del petróleo, los ferrocarriles, los conservadores, el colonialismo y el alvearismo, entre una serie de proclamas, como la fundación de FORJA, su posición orgánica en 1943, el 17 de octubre de 1945 y su disolución. Quiero trascibir aquí solo el documento de disolución del grupo del 15 de diciembre de 1945:

"La Asamblea General de FORJA

"Considerando:

"1º- La resolución de la misma de fecha 17 de octubre de 1945, en solidaridad con el movimiento popular de esa jornada y las siguientes.

"2º- La identidad de la gran mayoría de sus miembros con el pensamiento y la acción popular en marcha y su incorporación al mismo.

"Declara:

"1º- Que el pensamiento y las finalidades perseguidas al crearse FORJA están cumplidos al definirse un movimiento popular en condiciones políticas y sociales que son la expresión colectiva de una voluntad nacional de realización cuya carencia de sostén político motivó la formación de FORJA ante su abandono por el radicalismo.

"Y resuelve:

"La disolución de FORJA dejando en libertad de acción a sus afiliados:

"Firmado: Arturo Jauretche, presidente; Darío Alessandro, secretario de la Asamblea".

Así, el pequeño pero entusiasta grupo de los ex-radicales forjistas también se sumaba, en 1945, a las filas del nuevo movimiento popular dirigido

(7) Las asociaciones sobre las intenciones de protagonistas y hechos tan disímiles en el tiempo se unen en la pluma de Jauretche (1984: 46): "La revolución de septiembre de 1930 intentará restaurar las condiciones de 1910, ya perimidas en el país y en el mundo. Lo mismo se intentará en 1956".

por el nuevo líder. No es de extrañar que incluir estos documentos bajo el título de *FORJA y la década infame*, dieciocho años después y bajo la proscripción del peronismo, pero bajo la nueva experiencia frondizista que se iniciaba y de la cual Jauretche formaría parte inicialmente, debía tener un efecto novedoso de interpretación retrospectiva en esos años de postperonismo. Indudablemente, el clima político de aquellos años, en que los partidos tradicionales se dividían y se disputaban el voto peronista vacante, en que los intelectuales de las “nuevas izquierdas” también empezaban a repensar la experiencia peronista vivida en clave de autoculpabilidad, el ideograma “década infame”, de origen netamente nacionalista, tenía el campo abierto para generalizarse hasta volverse un “sobrentendido”, un lugar común, una frase hecha que, como tal, sirve para poner fin, antes de iniciada, a cualquier discusión pormenorizada sobre las rupturas reales y las continuidades también reales que representó, respecto de su pasado inmediato, ese fenómeno indudablemente significativo y complejo que fue el primer peronismo.

Entre los muchos escritores de línea filoforjista y filoperonista, merece destacarse, por su prolífica labor, la tarea realizada por Norberto Galasso, cuyas publicaciones han sido constantes y permanentes desde hace más de cincuenta años, y por ello puede reputárselo con franqueza como el discípulo más encumbrado de Arturo Jauretche. La profusa pluma de este ensayista no se ha apartado demasiado de la línea trazada por Jauretche en cuanto a la interpretación del peronismo y el antiperonismo; y su producción en cantidad de ediciones es difícilmente igualable por otro autor de la misma prosapia ideológica. Al día de la fecha, los últimos trabajos de Galasso lo han catapultado como uno de los más taquilleros historiadores del peronismo ⁽⁸⁾.

El estilo prosístico de Galasso y la intención de llegar al lector desde un prisma de similar perspectiva política y persuasiva prefirieron respetar la tradición planteada ya por Jauretche de escribir apelando a un mismo tronco común con lenguaje llano, plagado de palabras simbólicas, frases del acervo popular y metáforas coloquialmente famosas. No en vano, Galasso recurrirá preferentemente a las letras de tango para ejemplificar sus ideas con analogías del cancionero argentino.

(8) El catálogo de sus obras es incontable: desde su primera publicación sobre Mariano Moreno en 1963 hasta el presente ha elaborado un sinnúmero de trabajos biográficos sobre personajes de la historia política argentina, como ser los casos de Felipe Varela, Manuel Ugarte, Manuel Ortiz Pereira, Raúl Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui y Ramón Doll, entre muchos otros. También ha escrito sobre FORJA, el imperialismo y el pensamiento colonial en la Argentina, y sobre “socialismo nacional”. Pero la vigencia de su seducción política actual radica en sus textos que fueron editados desde 1990 en adelante, sobre temas como Menem, Martínez de Hoz, Cavallo, Perón y Eva Perón, Cooke, El Che, Kirchner y Macri. Por lo enumerado, los temas y las personas elegidas para biografiar suelen seguir teniendo interés entre el público lector del presente (partidarios y adversarios por igual), y sus libros siempre están presentes en la discusión sobre el peronismo.

En su ensayo *La economía bajo el signo de la entrega*, incluido en una compilación colectiva de 1969 dedicada, precisamente, a la década infame, Galasso estructura su exposición según las esferas del infierno de Dante Alighieri. De hecho, como ampliación de ese trabajo, publicará después *Una excursión a los infiernos de la década infame* (Galasso, 2019). En ambos trabajos, en general se reiteran todos los consabidos temas y denuncias de los nefastos lustros aquellos: el golpe de 1930, el tratado Roca-Runciman, el aludido fraude patriótico, el asesinato en el senado de la nación, los negociados de El Palomar y el escándalo de los niños cantores.

Esta línea de uniformidad problemática (tema, explicaciones y valoraciones) está sustentada por todos los partidarios de esta corriente interpretativa, académica y políticamente hablando, y casi siempre aparece expuesta de manera metafórica y literariamente recurrente, haciendo uso de los recursos retóricos de la fraseología común de los decires populares. Pero el discurso, supuestamente historiográfico, se funda en la reproducción, una y otra vez, de los mismos "sobrentendidos". Y estos sobrentendidos, antes que hablar o dar cuenta propiamente del período pasado al que declaran referirse, parecen más bien cumplir una función orientadora psicopolítica del propio escritor y de su momento presente.

En efecto, Galasso desestima *in limine* otros trabajos historiográficos recientes producidos por ensayistas o estudiosos de extracción política diferente a la de él: Rosendo Fraga, Carlos Aguinaga, Roberto Azaretto, Halperín Donghi. Y, al igual que Jauretche, refuerza sus dardos contra todo intelectual o escritor "vacío de lo nacional". Por ejemplo, Borges era un buen escritor cuando tuvo de joven supuestas posturas políticas simpáticas a Galasso, pero dejó de serlo cuando se hizo antiperonista. Galasso no disimula que su juicio estético sobre Borges pasa por un juicio político. La variable política (peronista/antiperonista) se vuelve así único criterio de juicio historiográfico, estético, y hasta humano... Los sobrentendidos historiográficos y los políticos parecen volverse equivalentes e intercambiables, en una visión maniquea de la historia y de la política.

III. BREVE DIGRESIÓN SOBRE "PERDUELLIS", "CIPAYO" Y "VENDEPATRIA"

La genealogía aplicada sobre la noción de palabras rimbombantes, frases hechas o metáforas políticas permite rastrear el uso de un vocabulario ya extinto, que fue reemplazado por otras concepciones más directas, efec-tistas y perspicaces.

Con anterioridad a su aporte retórico sobre la "década infame", Torres había recreado el extraño término "perduellis" para denigrar a aquellos enemigos internos en el terreno político. La palabra data del antiguo derecho

romano, pero su acepción está totalmente simplificada por Torres, quien, tomando a la ligera las enseñanzas de Mommsen, resumía que *perduellis* era la calificación penal asignada a los enemigos internos de la patria, mientras que la de *hostis* hacía referencia a los enemigos externos ⁽⁹⁾.

Sin embargo, para ser más precisos, hay que aclarar que, en el derecho romano republicano y monárquico, la figura del *perduellis* no se entendía con la vaguedad o generalidad de enemigo interno, sino como enemigo de alta traición. Y las acciones que solían ser reprochadas como de alta traición estaban ceñidas básicamente a las figuras penales de desertión y de sedición. Ya en los tiempos del Imperio, la figura se reemplazó por la *Lex Maiestas*: quien atentaba contra la vida del emperador atentaba contra la *civitas* misma por la consubstanciación del Augustus con la Roma imperial. De allí surge la penalidad del regicidio ⁽¹⁰⁾.

Pero lo que hizo Torres entre nosotros, como puede verse, fue extender una tipicidad específica del derecho romano a un concepto sociológico amplísimo de enemigo interno más cercano a los utilizados por los regímenes totalitarios del siglo XX. De cualquier modo, esta propuesta lexical no tuvo eco. La palabra de difícil pronunciación y memorización no cuajaba cómodamente en el discurso de la praxis política. Tampoco la traducción al español ofrecía alternativas elásticas. *Perdulario* no tiene connotación jurídico-política, y, si bien su acepción es despectiva (“desinteresado, desalineado, enviado, irrecuperable”), es un término poco comprensible y casi en desuso ⁽¹¹⁾.

En este caso, sí fue el propio Arturo Jauretche quien dio en el clavo con la elección de un vocablo que tendría más suerte: el término “cipayo”, convertido luego en, y superpuesto con, “vendepatria”. *Cipayo* tenía varias ventajas. En primer lugar, el término aludía literalmente al grupo de nativos que, pese a su natalicio en la India, prestaban servicios para los ejércitos de la Corona británica; pero metafóricamente fue tomado aquí aplicado secariamente a quienes supuestamente no pensaban ni votaban ni actuaban como auténticos argentinos, a pesar de serlo legalmente. En segundo lugar, ser motejado despectivamente como *cipayo* llevaba implícita la idea de que ese hombre era anglófilo, siendo Inglaterra considerada como la principal beneficiaria de la “década infame” argentina. Pero, en tercer lugar, la creación de Jauretche se alejaba un poco de la fuerte connotación de “enemigos del pueblo” que Torres daba a *perduellis*, connotación que peligrosamente lo acercaba a los regímenes totalitarios europeos. Esta última ventaja del término *cipayo* sobre *perduellis* no es secundaria, pues para Jauretche era

(9) Para el sentido clásico latino del término *hostis*, ver SCHMITT (2006).

(10) Para una genealogía de la palabra *perduellis*, ver PÉREZ CARRANDÍ (2018).

(11) Conozco solamente una mención de esa palabra en la versión retocada (no *lunfarda*) del tango *Flor de fango*. El cineasta Manuel Romero adaptó la letra de Pascual Contursi para la película *Carnaval de antaño* (Sello Lumiton, 1940) y Charlo cantó: “Y al abrirse el perdulario en la calle te dejó”, en lugar de la frase contursiana que cantó Gardel: “Y el hijo de un comisario todo el viento te chacó”.

importante no dar letra a los que llamaban al gobierno surgido en 1946 "nazi-peronismo" o "fascismo criollo", como hacían especialmente los opositores comunistas y socialistas. Esos motes eran para Jauretche "zonceras" características de nuestra *intelligensia cipaya*, que solo puede ver al país con ojos europeos.

Observemos que, aún hoy, en las lides políticas cotidianas, los términos "cipayo" y "vendepatria" resultan casi intercambiables entre sí, como sinónimos que se profieren juntos para descalificar a un adversario o simplemente a alguien que piensa diferente. Puede resultar interesante ver qué implica esa sinonimia metafórica. El término "cipayo", en el vocabulario político argentino, es una metáfora sociocolonial; y el término "vendepatria" es una metáfora comercial. Para quien emplea el término, "cipayo" sería quien *se vende* al extranjero, en particular a Inglaterra, nación colonialista por excelencia, y supuestamente enemiga también por excelencia de los intereses argentinos. Y "vendepatria" sería quien está dispuesto a comerciar, *a vender*, incluso algo que no debe estar en el mercado. En ambos casos, se advierte implícitamente la visión negativa del comercio, asociado a la voracidad por el dinero.

IV. EL SOBREENTENDIDO SE IMPONE MÁS ALLÁ DEL PERONISMO: JULIO MAFUD; MILCÍADES PEÑA; FÉLIX LUNA

Es claro que la expresión "década infame", que condena de un plumazo todo un pasado previo e inmediato a 1943, era una expresión que cuajaba muy bien con la representación del fenómeno peronista como algo absolutamente novedoso, surgido sin pasado, venido precisamente a redimirnos de ese oscuro pasado. En pocas palabras: "década infame" como categoría histórico-política resultó una pieza perfecta para la interpretación *mesianica* del peronismo. El esquema analógico parece claro: inmoralidad del paganismo/mesías y buena nueva/nuevos tiempos de la verdad revelada. En este sentido, era esperable que autores de línea nacionalista y/o peronista utilizaran la expresión, más que como categoría historiográfica, como arma retórica de posicionamiento y lucha política constante.

Sin embargo, hay que destacar —y esto es tal vez lo sorprendente— que finalmente autores no peronistas y hasta antiperonistas han empleado el mismo término para hacer referencia a los años treinta argentinos. A continuación, veremos algunos ejemplos notables.

La prosa de Julio Mafud es digna de encomio y genera efectos cristalinos en el lector. Su formación intelectual es nutrida, ecléctica y solvente ⁽¹²⁾, pero

(12) Mafud había estudiado en La Sorbona y era un conocedor de la sociología de Durkheim, de los tratados de Max Weber, de las obras de Gurtvich y de Wrigths Mills, como de los trabajos de Sarmiento

también prefirió abordar el estudio de la vida social aplicando un lenguaje llano, plagado de temáticas populares, frases hechas, metáforas y apelativos. Podría decirse que Mafud, como Jauretche, tiene una especial tendencia a “lo popular”⁽¹³⁾. Representó la sociología del sentido común, lo que ya puede intuirse como la indagación sociológica a partir de los sobreentendidos culturales. Pero una cosa es reflexionar sobre qué rol cumplen los sobreentendidos en la vida cotidiana, y otra cosa muy distinta es tomar los sobreentendidos como ciertos y reiterarlos, construyendo sobre ellos teoría con pretensiones veritativas. Entiendo que esa crítica le cabe a su destacado y exitoso *Sociología del peronismo* (1972). En las primeras páginas del libro puede leerse:

“Los índices sociológicos más característicos del peronismo han sido: el despertar de la conciencia social, la ruptura del escepticismo que trajo la década infame y la unión de ejército y sindicato” (1972: 17).

La intención del autor es dejar en claro que el peronismo es la irrupción de un nuevo movimiento (que considera inédito y virgen en el terreno político argentino) que rompe con los vestigios del pasado. La fecha bisagra de esa ruptura es el 17 de octubre de 1945, y el ayer nefasto es todo lo que representa la década infame. No se pone en duda nunca que el período 1930-1943 es denigrante para el país. Todos debemos sobreentender esa visión para dar sentido a la comprensión del nuevo fenómeno.

Más adelante ahonda sobre la década corrupta. Considera que, a causa del fraude electoral, los partidos tradicionales sufrieron una crisis severa que les hizo perder representación, dejando al margen a muchos argentinos de la política. Ciudadanos desencantados que se despolitizaron. La década maldita termina cuando aparece Perón. Nunca se pone en duda esa casi

y de Martínez Estrada. Venturelli (2010) explica que la posición metodológica sostenida por Mafud le valió la exclusión del mundo académico. Es interesante analizar esa cuestión. Una posición husserliana estricta entendería la obra de Mafud como no necesariamente teórica, en la medida que no se despoja de los sobreentendidos, sino que edifica su construcción sociológica con base en varios de ellos. No me animaría a justipreciar la obra de Mafud como un mero sobreentendido. Pero sí cabe señalar que en su obra *Sociología del peronismo* (1972) son demasiados los supuestos que da por válidos, cuando en realidad algunos de ellos son exclamaciones sin rigor, y, en otros casos, hechos completamente falsos.

(13) Pongo entre comillas porque no soy partidario de clasificar la cultura como selecta o popular, porque creo que también es un mero ideograma sobreentendido que no resiste mucho el análisis pormenorizado. En efecto, muchos ensayistas de corte nacionalista o filoperonista (v.gr. Jauretche) asumen expresamente una reivindicación de la cultura popular, cotidiana, plebeya, no académica o inclusive antiacadémica. Esa postura de cultura popular debe entenderse, en la mayoría de esos autores, como opuesta a, y oponente de, la cultura elitista de la *intelligenza* o la cultura académica universitaria, supuestamente colonizada, cipaya o pro imperialista. Un repaso por los antecedentes de muchos hombres de letras dará por tierra esa tajante divisoria. Sarmiento, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Carlos Vega o Jorge Luis Borges, por citar solo unos pocos ejemplos, nunca pasaron por la academia ni profesaron lauros universitarios. Por el contrario, personalidades como Martiniano Leguizamón, Macedonio Fernández, Arturo Jauretche, Vicente Martínez Cuitiño o Luis Savlasky fueron grandes difusores de la cultura, la literatura y el arte (que los forjistas llamarían popular), no obstante su condición de graduados universitarios, tesis de profesores.

milagrosa aparición que corta de cuajo con el pasado, da nacimiento a un nuevo país y brinda cobijo a los desencantados:

“Con la aparición de Perón llega el final de esta década: de enterrar esta década empuetecida que había matado toda esperanza. Donde había que pedir para trabajar. Matarse para estudiar. Deslomarse para progresar. Esa época infame era la época o el mundo antes de 1943. Eran los argentinos que podridos de la década fraudulenta y de la izquierda europeísta se habían refugiado en el café, en los clubes de barrio o en la cocina familiar. Para charlar de ‘minas’, de fútbol, de box y alguna vez de películas... Estos seres vírgenes de toda política comenzaron a sentirse impactados por la figura de ese hombre. Un hombre nuevo, amigo, vivo, canchero, piola, chamuyador como nadie. Pero lo esencial era que no tenía ninguna relación con ese mundo anterior” (1972: 59).

En el citado párrafo pueden percibirse los cimientos del folklore del primer peronismo. Pero un agudo análisis de aquel me obliga a inferir lo siguiente: i) se presupone que la década infame es todo lo que se dice que es; ii) se presupone que todo ese nuevo mundo despolitizado se politizó en favor de Perón; iii) presupone un hecho falso: Perón también tuvo pasado y no es cierto que no tenía nada que ver con el mundo anterior. Pero así pensó buena parte de la población en 1946, y textos como el de Mafud refuerzan esa hermenéutica que descuida el sustento factual y presupone totalizaciones interpretativas de dudosa legitimidad. Y esto nos llama más la atención, por cuanto Mafud es consciente del tipo de consecuencias que se derivan de este tipo de ideogramas:

“El peronismo estuvo sitiado por el otro, la oposición. Su origen fue lucha y choque frente al otro, sin alternativa. También a la inversa, tanto incidió el peronismo en sus enemigos que el socialismo, el radicalismo y el comunismo, después de 1943, hubieran sido otros sin el peronismo (...) El peronismo no se percibe sin la oposición, ni la oposición sin el peronismo (...) La omisión por el contrario impone la omisión de una realidad no política (...) El otro para el peronismo es la traición, lo extranjero, el imperialismo. No hay ninguna posibilidad de contacto ni de acercamiento. El peronismo, para los otros, es el fascismo, el nazismo (...) Todo quedó sintetizado en fórmulas: ‘Braden o Perón’⁽¹⁴⁾, ‘Hitler o la Unión Democrática’”. (Mafud, 1965: 67-68).

O sea, es como si Mafud, que es consciente del ideograma, prefiera quedarse en él, pero sin intentar (lo que podría esperarse de un sociólogo)

(14) Lema utilizado en la campaña electoral de 1946. Este tipo de consignas marcan un sello fuerte de identidad. No importa si tras la frase se esconde una verdadera dicotomía moral o una mera propaganda proselitista. El éxito dependerá de la fuerza de persuasión de la frase en el discurso político. Cuanto más la crean, mejor fortuna electoral tendrá quien la sostenga.

confirmar o refutar con datos rigurosos la verdad o falsedad de esos sobreentendidos. Una cosa es que el peronismo se perciba (e incluso sea percibido por sus adversarios) como un fenómeno inédito y sin vinculación con el pasado inmediato, y otra cosa es que efectivamente lo sea.

Sin embargo, el sobreentendido es tan fuerte que, incluso autores que han refutado con cantidad abrumadora de datos y estadísticas esa supuesta ruptura radical entre lo anterior y lo posterior a 1943-46, no han podido escapar al lugar común de la expresión “década infame” y toda su cadena de sobreentendidos, temáticos, explicativos y valorativos. Tal es el caso, por ejemplo, de Milcíades Peña, ensayista de formación marxista-trotskista, de perfil netamente antiperonista.

La interpretación que Peña hace del estatus colonial o semicolonial de la Argentina de los años treinta en su libro *La clase dirigente argentina frente al imperialismo* (1972) no difiere mucho de lo que Jauretche dio en llamar “estatuto legal del coloniaje”. Notable coincidencia que debería incomodar a ambos, seguramente ⁽¹⁵⁾. Las viejas clases dirigentes nacionales surgidas en 1880 y hasta bien entrada la década de 1930 son, para Peña, semicoloniales. Básicamente, Peña sostiene sus afirmaciones en el hecho de que las familias argentinas de mayor poder económico y político estaban entrelazadas en el mundo privado con los intereses de las empresas inglesas radicadas en el país. Sin embargo, el carácter general de “vendepatria”, que Peña atribuye globalmente a toda una dirigencia y a un proceso histórico de cincuenta años, no impide que admita casos, excepcionales, en que algunos pocos miembros de esa generación hayan defendido “la soberanía nacional”.

La diferencia importante entre Peña y Jauretche no estriba demasiado en su interpretación del pasado anterior a 1943, sino más bien en su interpretación de lo posterior a esa fecha. Mientras Jauretche, como Galasso o hasta Mafud, veían en el peronismo la superación radical de un pasado socioeconómico-político de espurios intereses terratenientes vinculados al imperialismo británico (largo pasado del cual la “década infame” no era otra cosa que su último y peor conato), Milcíades Peña, en cambio, verá en los Gobiernos de Perón una continuación de esas políticas pro imperiales:

“El gobierno peronista —que fue algo así como la encarnación pura del concepto puro del bonapartismo— constituye un ejemplo típico. Su control del movimiento obrero le permitió realizar durante largo tiempo y con absoluta impunidad —es decir, sin poner en peligro la propiedad privada capitalista ni el orden establecido— una política defensiva antinorteameri-

(15) Peña aplicaba, para comprender el caso argentino, textos sobre política internacional y geopolítica escritos por Lenin en la década de 1910 o por Trotsky en los años del 1920/30, que analizaban casos como el de Polonia, Alemania, Rusia, Persia, Turquía, Egipto, India y China, bastante diferentes a las relaciones de Argentina con Inglaterra.

cana (el antiimperialismo peronista nunca fue otra cosa que antinorteamericano y pro-inglés, como el antiimperialismo tradicional de los estancieros de la provincia de Buenos Aires). Cuando obligado por las necesidades de la economía capitalista argentina y por el debilitamiento de Inglaterra como centro financiero el gobierno peronista llegó a un acuerdo parcial con Estados Unidos, su campaña antinorteamericana cesó de inmediato, cediendo lugar a una campaña intensa de apología” (Peña, 1972: 18).

Peña considera a Perón un pragmático que no dudaba en virar sus acciones de acuerdo con los soplos del viento a favor o en contra de los acontecimientos. Por otro lado, como hombre de convicciones trotskistas, niega al peronismo carácter revolucionario (salvo en los prodigios de una verborragia incontenente). Y asocia su vínculo con el imperialismo británico al de los estancieros bonaerenses, que en términos políticos debe traducirse en el Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires, institución clave para entender el surgimiento del peronismo y la ruptura de las fuerzas tradicionales argentinas. Volveré a esto sobre el final de mi escrito.

Quiero terminar este apartado sobre el sobreentendido de “la década infame” en escritores no peronistas, mencionando el caso del filoradical Félix Luna. En uno de sus textos señeros, *El 45*, publicado en 1971, prácticamente coincide en todo su análisis con lo que decía Mafud sobre el pasado conservador. Y en muchos puntos coincide también con la interpretación de Jauretche.

Félix Luna mantuvo firme su interpretación sobre los años 1930-1943, pese al paso del tiempo, llegando a dirigir una colección de difusión de la historia argentina en la cual un número íntegro se tituló *La década infame*. Ese trabajo (interesante, por cierto) imita la misma lógica que estructura la interpretación similar que ostentaban sobre aquel período autores de diversas extracciones, repitiéndose una llamativa coincidencia ya vista entre Jauretche, Mafud, Peña y Luna, pero en este caso por renovados estudiosos⁽¹⁶⁾. Las filiaciones políticas diversas no modifican la manera de observar el paisaje de ese pasado, aun habiendo corrido mucha agua debajo del puente desde las primeras ediciones de los baluartes precitados.

En fin, pese al indudable triunfo del relato jauretcheano en la cultura política argentina predominante, fuerza es reconocer que la matriz literaria de la temática sobre la década infame proviene de Torres. Sin embargo, la fama de su nombre no ha sido igual a la de la expresión que acuñó, con los correspondientes sobreentendidos que se asocian a ella. En efecto, el nom-

(16) Luna (1988). Escriben colectivamente: María Sorebe: “Memorias sobre la revolución del 6 de septiembre de 1930”; José Barcia, el gran lunfardólogo: “La amarga realidad de los años treinta”; el gran profesor de esta casa Horacio Sanguinetti: “Política y Estado”; Rodolfo Terragno: “Ideología y cultura de la época”; Miguel Ángel Scenna: “Forja: la lucha en la década infame”. Este último trabajo no se aparta un ápice de las memorias de Jauretche sobre aquellos años.

bre de Torres está hoy prácticamente olvidado: nunca llegó a ser un escritor con el éxito editorial de Jauretche, Galasso, Mafud, Luna, u otros más taquilleros de nuestros días. Pero su creación discursiva sigue circulando acriticamente, como un sobreentendido indiscutible en debates políticos, periodísticos e incluso académicos ⁽¹⁷⁾.

V. SIN EMBARGO... ALGUNOS DATOS...

La imagen acuñada y generalizada de la “década infame” implica dos sobreentendidos diferentes pero complementarios: 1. Que todo ese mundo político (tanto oficialismo como oposición), social y económico, era espurio, corrupto, perverso; 2. Que el golpe del 43 y su producto, el peronismo, fue un fenómeno total y radicalmente novedoso, surgido *ex nihilo*. De los autores vistos aquí rápidamente, todos, excepto Peña, reproducen ambas afirmaciones. Peña solo sostiene la primera.

Es razonable y siempre legítimo que hechos verificados puedan dar lugar a interpretaciones diversas. Se los puede interpretar en un sentido o en otro, pero lo que no se puede hacer, desde la seriedad del estudio histórico, es dejarlos de lado, ignorarlos deliberadamente. Yo creo que el sobreentendido “década infame” suele ignorar ciertos hechos muy concretos que deberían, cuando menos, ponerlo en cuestión.

Por ejemplo, Mafud dice que en las elecciones de 1946 *todo el mundo previo a 1943* estaba con la Unión Democrática (1972: 60). Y en el mismo sentido se expresa Galasso, exceptuando, claro, a los pocos radicales forjistas que se pasaron al peronismo (2019: 172). Sin embargo, el dato histórico concreto es que la Unión Democrática fue conformada por la UCR, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista y el Partido Comunista. Las fuerzas conservadoras, concentradas en aquellos años en el Partido Demócrata Nacional, pidieron sumarse a la coalición, pero fueron expresamente rechazados. Es por lo menos razonable preguntarse cuánto pudo incidir en la derrota de la Unión Democrática esa exclusión de los conservadores. Hasta el triunfo de Perón en las elecciones de 1946, existían en la Argentina dos grandes partidos políticos que se disputaban las elecciones generales; uno desapareció a partir de entonces. También es razonable intuir, al menos en principio, qué pasó con el partido desaparecido.

A partir de allí, las fuerzas conservadoras se disgregaron de manera letal, generando dos consecuencias que cambiaron la historia política para siempre: i) engrosaron las filas del incipiente peronismo de manera voluminosa, permitiendo su victoria, y ii) germinaron su propia extinción como

(17) No podemos omitir la posibilidad de que el perfil ideológico de José L. Torres haya contribuido a que su memoria fuera borrada u ocultada.

partido político de relevancia electoral hacia el futuro. La tesis de Mafud (1972:59-63) sobre la virginidad del electorado peronista como algo sin historia previa es francamente ridícula. Cuando apareció el nuevo fenómeno proselitista, la Argentina contaba con dos grandes partidos políticos y uno de ellos desapareció. No es tan difícil de desentrañar lo que pasó.

La historia de las fuerzas conservadoras puede estudiarse a la perfección en el trabajo de Roberto Azaretto (1983: 119-120). Este autor recuerda que el corazón del Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires, encabezado por Manuel Fresco, se pasó masivamente a las filas del peronismo.

“La Unión Democrática en su soberbia desprecia al viejo Partido Demócrata Nacional, que no es admitido en la alianza que cobija como remedo de los frentes populares europeos a radicales, demoprogresistas, socialistas y comunistas (...) Solano Lima, Morrogh Bernard sostienen el temperamento de nominar un binomio presidencial. Antonio Santamarina y José Aguirre Cámara suscriben un despacho aconsejando votar por la fórmula de la Unión Democrática. Luego de un apasionado debate ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo se decide dar libertad de acción a los distritos. Algunos como Buenos Aires y Entre Ríos llevarán listas de electores sin proclamar fórmulas. Otros aconsejan votar a la Unión Democrática. Pero el anti radicalismo del pueblo conservador hace que la mayoría desobedezcan a sus dirigentes y los votos van hacia Perón. La presencia en el frente opositor del comunismo constituye también otro factor decisivo para el pueblo conservador. En Mendoza de los 17.000 votos demócratas para gobernador solamente 5000 tienen en el sobre la boleta de Tamborini-Mosca. Ese fenómeno se repetirá en todas partes. En la provincia de Buenos Aires y en Entre Ríos, toda la segunda línea engrosará el peronismo. Hombres de la calidad del Dr. José Arce, Ivanisevich, Manuel Fresco en Buenos Aires; el Dr. Radio en Entre Ríos, el ex-senador José Villafaña en La Rioja, se convertirán en puntuales del nuevo régimen. En Buenos Aires se formará el partido independiente con los conservadores que se acercan al nuevo hombre fuerte de la política argentina. Uno de los diputados de ese partido independiente se llama Héctor J. Cámpora. El Partido Demócrata Nacional presenta batalla en las elecciones de gobernadores y diputados nacionales (...) En Buenos Aires el papel del partido fue muy pobre, tan solo conserva el 6,02% de los sufragios” (Azaretto, 1983: 119-120).

Otra fracción no menor del Partido Demócrata Nacional de Córdoba sufragó en favor de Perón-Quijano y no fue menor el éxodo de los simpatizantes del viejo tronco tradicionalista en las provincias del norte. El historiador César Tcach (1991: 169-170) describe perfectamente el fenómeno del origen conservador del peronismo cordobés. Detalla al extremo la composición de las primeras autoridades partidarias y del funcionariado público de la provincia. Sus antecedentes están abrumadoramente vinculados al viejo Parti-

do Demócrata Nacional, a la Sociedad Rural de Río Cuarto y al Jockey Club de la docta. José Aguirre Cámara delataba la situación interna del partido:

“No se trata solo de defender las instituciones históricas del país sino de subsistir como entidad. Una conducta equivocada a este respecto, o por lo menos de transacciones circunstanciales, es facilitar nuestra absorción por las fuerzas peronistas. A nosotros nos está socavando el oficialismo” (en Tcach, 1991: 170).

No pretendo decir que Perón haya heredado directamente y en su totalidad el conservadorismo de la década de 1930. El Partido Independiente, de origen conservador, fue solo una parte de la coalición que apoyó su candidatura, junto al Partido Laborista de Cipriano Reyes, a un extraño partido llamado UCR-Junta Renovadora (que ubicó al candidato a vicepresidente, Hortensio Quijano, ex antipersonalista, activo sostenedor en Corrientes de los Gobiernos concordancistas de Justo, Ortiz y Castillo), y a la Alianza Libertadora Nacionalista, de inspiración ultranacionalista filofascista, que apoyó a Perón, pero con candidatos propios para el Congreso. Pero parece claro que, al revés de lo que dice Mafud, fueron principalmente los viejos dirigentes y simpatizantes conservadores los que quedaron como desorientados y sin representación propia en los comicios de 1946⁽¹⁸⁾. Y por eso muchos de ellos se precipitaron hacia el peronismo, que tenía visos de nacionalismo y gozaba del indisimulado apoyo de la Iglesia católica argentina⁽¹⁹⁾. Más que la virginidad política, al primer peronismo lo caracterizó la longevidad de sus protagonistas. Manuel Fresco, uno de los principales, había sido el gobernador conservador bonaerense de la “década infame”. Un recorrido similar haría José María Rosa, quien luego se transformaría en uno de los historiadores preferidos del llamado revisionismo histórico⁽²⁰⁾.

Pero, más allá de casos puntuales como los de Quijano, Fresco, José M. Rosa (y otros exconcordancistas que paso por alto, como Cámpora, Visca o Sustaita Seeber), es interesante el pasado del propio Perón. El hombre que diera nombre al movimiento que terminaría con los males de la década infame ¿no tuvo realmente nada que ver con esa década? Es de notorio conocimiento que Perón fue un activista uriburista del Colegio Militar, que

(18) En el caso de los sectores conservadores realmente antiperonistas, solo en contados casos lograron sobrevivir como partidos de alcance provincial.

(19) Bueno, no todos se fueron de inmediato a las filas peronistas: Vicente Solano Lima lo haría unos años después de la caída de Perón. Igualmente, siempre había mantenido buen diálogo con el peronismo bonaerense.

(20) Esto también es un dato que merecería llamar a la reflexión y a la reinterpretación de la historia de las ideas argentinas del siglo XX. ¿No es extraño que el historiador que se convertirá en los 60 y 70 en lectura obligada de las llamadas “izquierda nacional” e “izquierda peronista” haya estado vinculado políticamente al orden político que supuestamente el peronismo vino a enterrar? Tal vez más llamativo, y digno de explicación, es el hecho de que la fórmula del FREJULI de 1973, que encarnó las aspiraciones de la “izquierda peronista”, haya estado integrada por dos muy viejos conservadores de la década infame: Héctor Cámpora y Solano Lima.

apoyó el golpe del 6 de septiembre de 1930 contra Hipólito Yrigoyen, acontecimiento que inauguraría la infamia de la década. Sin embargo, a pesar de la publicidad de ese dato, es notable cómo el ideologema (o el mitologema) sigue operando contra toda evidencia fáctica; y así paradójicamente nos encontramos con relatos históricos que postulan una supuesta afinidad, y hasta continuidad histórica ideológica, entre Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón. Paradoja de los sobre-entendidos de Scalabrini Ortiz (uno de los propulsores de esa “línea histórica”), Jauretche y Galasso: el segundo de los caudillos que admiraban destituyó al primero que su línea historiográfica defendía. Galasso (2019: 20-21) ha escrito que el general Urriburu era un nacionalista antinacional porque tenía pensamiento colonial; sin embargo, Perón militó en esas mismas huestes. ¿No es por lo menos razonable sospechar que pueda haber mayor afinidad o continuidad política entre el movimiento militar de septiembre de 1930 y el de junio de 1943 que entre Yrigoyen y Perón?

Una metáfora subsidiaria del sobreentendido “década infame” es la del “estatuto legal del coloniaje”. Es una creación de Jauretche para agrupar una serie de leyes de la década del 30 como un paquete de decisiones premeditadas, malversadoras y entregadoras del país a los ingleses. Se trataría, básicamente, del Tratado de Londres (Pacto Roca-Runciman) y de seis leyes consecutivas (de la 12.155 a la 12.160 respectivamente) que versaban sobre: a) creación del Banco Central; b) Ley de Bancos; c) creación del Instituto Movilizador; d) Carta Orgánica de Bancos; e) Creación del Banco Hipotecario; f) Organización del plan de inversiones. A decir verdad, ¿cuántos recuerdan hoy sinceramente cuáles eran y qué decían esas leyes “coloniales”? Lo que ha quedado de todo eso es la metáfora del “estatuto colonial” y ya nadie discute su contenido. De por sí, la sola mención de la metáfora estigmatizante impide o inhabilita cualquier intento de discusión seria y desapasionada de esos plexos legales. Es obvio que esas leyes pueden discutirse, criticarse o repudiarse, pero, cuando después Perón aplicó esas mismas herramientas creadas diez años antes, el mismo “estatuto colonial” no puede transformarse mágicamente en “estatuto del pueblo” o de “independencia económica”. Quiero decir, aquellas leyes seguían siendo las mismas. (De paso, digamos que hoy solo los partidarios extremos del libre mercado criticarían la existencia de un Banco Central). Vemos claramente cómo opera acá el ideologema sobreentendido.

En efecto, muchas de estas leyes habían sido criticadas en folletos y revistas forjistas de los años 30. Sin embargo, en el libro *Forja y la década infame*, de 1962, Jauretche las hace brillar por su ausencia: ni las describe ni las explica, sino que las da por sobreentendidas, y con la metáfora del “estatuto colonial”, también estigmatizadas y estigmatizantes de antemano. Su lector debe presuponer, ya sin discusión ni dudas, que hubo un paquete de leyes

que arruinaron y entregaron al país en el período inmediatamente anterior a la aparición del peronismo.

Una variante en que opera el ideologema la encontramos en Miguel A. Scenna (1988: 62), que prefiere cortar la cadena de leyes espurias justo en la 12.160. ¿Por qué? Bueno, porque si aquel Gobierno era colonial y “entreguista” por definición, no es posible que haya sancionado alguna ley “nacionalista”. ¿Pero de qué trata la ley 12.161 que Scenna excluye del “estatuto colonial”? Era una ley modificatoria del Código de Minería, que declaró que los fluidos de petróleos e hidrocarburos de los yacimientos serían considerados propiedad privada de la nación o de las provincias, según el territorio en el que se encontraran, en una clara política de estirpe nacionalista. Perón aplicó criterios similares en la nacionalización de los recursos naturales en la reforma constitucional instada en 1949. Antecedente que podría ya encontrarse en 1935, con el aval del general Justo y de Federico Pinedo.

No es necesario traer a colación más ejemplos de continuidades entre los períodos anterior y posterior a 1943-46. Mi intención es simplemente ilustrar con esos pocos casos cómo funciona el ideologema/mitologema “década infame”. Una vez asumido el sobreentendido (acá no me importa si se lo hace con honestidad intelectual o no), los datos que parecerían refutarlo son obviados, escondidos, inadvertidos o recortados (...) Lo importante, pareciera, es seguir afirmando y reafirmando el lugar común, el “sobreentendido”.

VI. CONCLUSIÓN

Con lo expuesto a lo largo de este artículo no busco ni justificar la “década infame” ni condenarla ⁽²¹⁾, como tampoco busco justificar el orden que le sucedió ni condenarlo. No se trata aquí de emitir juicios de valor o simpatías políticas (y menos en bloque), sino de abrirse a la posibilidad de una comprensión seria de los procesos históricos.

La expresión “década infame”, asumida así, como se la ha asumido y se la sigue asumiendo en diversos ámbitos, no es una categoría propiamente historiográfica, sino política, que, precisamente por ello, impide la comprensión seria de los procesos históricos. ¿Por qué? Porque los procesos históricos no saben de rupturas radicales o absolutas. Por rupturistas que puedan ser las intenciones políticas de los actores reales de un cierto acontecimiento histórico, este nunca es ni puede ser totalmente novedoso, nacido sin mácula que lo vincule al pasado. La idea de novedad absoluta es

(21) Es bien cierto que muchos hechos criminales y de corrupción denunciados en la época han quedado suficientemente acreditados. Pero creo que el calificativo general de “infame”, que podría tener asidero en comparación con la historia previa a 1930, hoy en día, y teniendo en cuenta la historia política argentina de todo el siglo XX, resulta, cuando menos, exagerado.

un mitologema religioso que, en todo caso, corresponde a la discusión de los teólogos del monoteísmo. Y el sobreentendido que genera la expresión "década infame" parece fundarse en ese mitologema teológico: ¿qué había antes de 1943-46? El caos. Más allá de esa respuesta queda vedado volver a interrogar... O más bien, queda vedado buscar otras respuestas posibles.

El efecto que produce el sobreentendido "década infame" me recuerda a la respuesta que algunos cristianos del siglo V daban a los paganos que, al escuchar perplejos la idea de un dios creador *ex nihilo*, preguntaban: "¿y qué hacía Dios, entonces, antes de crear el mundo?". La respuesta dogmática que inhabilitaba cualquier otra pregunta era la siguiente: "pensaba los castigos para los que hacen este tipo de preguntas".

VII. BIBLIOGRAFÍA

AZZARETO, R. (1983), "Historia de las fuerzas conservadoras", Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

BLUMENBERG, H. (2003), "Paradigmas para una metaforología", Ed. Trotta, Madrid.

— (2013), "Teoría del mundo de la vida", Ed. FCE, Buenos Aires.

GALASSO, N. (1969), "La economía bajo el signo de la entrega", en SARLO SABAJANES, B. (1969).

— (2019), "Una excursión a los infiernos de la década infame", Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche, Colección Pulqui, Buenos Aires.

HUSSERL, E. (1992), "Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica", Ed. FCE, México.

— (2008), "La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental", Ed. Prometeo, Buenos Aires.

JAURETCHE, A. (1984), "FORJA y la década infame", Peña Lillo Editor, Buenos Aires.

— (2001), "Manual de zonceras argentinas", Ed. Corregidor, Buenos Aires.

— (2006), "Política nacional y revisionismo histórico", Ed. Corregidor [volumen 7 de OC], Buenos Aires.

KOSELLECK, R. (2012), "Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social", Ed. Trotta, Madrid.

PEÑA, M. (1972), *La clase dirigente argentina frente al imperialismo*, Fichas, Buenos Aires.

PÉREZ CARRANDI, J. (2018), "La alta traición en el derecho penal romano monárquico-republicano: de la *perduellio a la maiestas*", tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid.

LUNA, F. (1982), "El 45. Crónica de un año decisivo", Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

— (1988) (dir.), "La década infame", *Colección 500 años de historia argentina*, Ed. Abril, Buenos Aires.

MAFUD, J. (1965), "Psicología de la viveza criolla", Ed. Americalee, Buenos Aires.

— (1972), "Sociología del peronismo", Ed. Americalee, Buenos Aires.

SARLO SABAJANES, B. (1969) (comp.), "La década infame", Carlos Pérez Editor, Buenos Aires.

SCENNA, M. A. (1988), "Forja: la lucha en la década infame", en LUNA (1988).

SCHMITT, C. (2006), "El concepto de lo político", Ed. Alianza, Madrid.

SCHUTZ, A. (2008), "Problema de la realidad social", Ed. Amorrortu, Buenos Aires.

SEBRELLI, J. J. (2002), "Crítica de las ideas políticas argentinas. Los orígenes de la crisis", Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

TCACH, C. (1991), "Sabbatinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba: 1943-55", Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

TORRES, J. L. (1945), "La década infame", Ed. de Formación Patria, Buenos Aires.

VENTURELLI, C. (2010), "Julio Mafud, el sociólogo del sentido común de la argentinidad", VI Jornadas de Sociología. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.